

CUANDO LA PACIENCIA DE DIOS SE ACABA

(1° REYES 21)

DAVID ROPER

Nos encantan las lecciones sobre el amor y la misericordia de Dios, pero no se puede decir que se predica todo el consejo de Dios (Hechos 20.27) si no se predica también sobre la justicia y la santidad de Dios, el aspecto de la naturaleza de Dios que no puede tolerar el pecado.

En Proverbios 29.1, leemos: «El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina». El pasaje comienza con misericordia, describiendo a alguien que ha tenido una oportunidad tras otra, de cambiar, pero que obstinadamente rehúsa dar oído a la reprensión de Dios. Al final, la paciencia de Dios se acaba. Luego «*de repente*», ¡el hombre que endureció su corazón será «quebrantado, y no habrá para él medicina»! ¡Qué perspectiva más aterradora!¹

La Biblia está llena de ilustraciones de este principio. Las ciudades gemelas de Sodoma y Gomorra tuvieron muchas oportunidades de cambiar, siendo una de esas oportunidades cuando un hombre justo llamado Lot se mudó a Sodoma; a pesar de esto las ciudades se hicieron cada vez más inmorales. Génesis 19 nos presenta la contaminación y degradación morales que había en aquellas ciudades. Al final, Dios dijo: «¡Basta!». De repente, fueron «quebrantadas, y no hubo para ellas medicina». Dios las borró de la faz de la tierra.²

¹ Otro pasaje que habla del mismo principio y que también usa la frase «de repente», es Proverbios 6. El versículo 12 y algunos de los versículos que siguen, hablan de las características del «hombre malo»; luego el versículo 15 describe el destino de este: «Por tanto su calamidad vendrá *de repente*; *súbitamente* será quebrantado, y no habrá remedio» (énfasis nuestro).

² Hoy no hay certeza acerca de la ubicación exacta de estas ciudades.

Los reinos de Israel y de Judá probaron la paciencia de Dios año tras año. A pesar de que Dios les enviaba profetas para hacerlos volver, «... ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y *no hubo ya remedio*» (2° Crónicas 36.16; énfasis nuestro). Dios dijo: «¡Basta!» y de repente fueron quebrantados, primero Israel, y después Judá.

Considere a Belsasar en Daniel 5. Este y sus invitados estaban entregados a la embriaguez en un banquete, bebiendo de los vasos sagrados del templo, cuando en «*aquella misma hora* aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribía [...] sobre lo encalado de la pared del palacio real» (vers.º 5; énfasis nuestro): «MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN [...] Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto» (vers.ºs 25, 27). Dios estaba diciendo: «¡Basta!». Esa misma noche, la ciudad cayó y Belsasar murió (vers.º 30). De repente, estaba «quebrantado, y no había para él medicina».

En el Nuevo Testamento vemos el relato sobre Herodes Agripa (Hechos 12). Herodes se puso en pie ante el pueblo, para dar una arenga. Según Josefo, él llevaba puestos vestidos con orillas plateadas. Herodes relucía a la luz del sol de la mañana. El pueblo gritó: «¡Voz de Dios...!» (vers.º 22). Herodes aceptó la adulación, y Dios dijo: «¡Basta!». Hechos 12.23 dice que «Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios». (Énfasis nuestro.) Josefo dijo que Herodes se dobló hacia delante con un terrible dolor en el abdomen. Fue llevado a su cama, donde agonizó durante cinco días, hasta que murió. La Biblia dice que «expiró comido de gusanos» (vers.º 23b). Había sido «quebrantado, y no hubo para él medicina».

Otras ilustraciones podrían darse.³No obstante, ninguna ilustración es más poderosa que la de Acab y Jezabel. Estos tuvieron una oportunidad tras otra de reconocer a Dios y de volverse de sus malos caminos, pero no lo hicieron. Primera de Reyes 21 es el capítulo definitivo sobre el carácter de ellos. En él vemos uno de los más despreciables hechos de las Escrituras. También vemos la paciencia de Dios agotándose, cuando dice: «¡Basta!».

EL PECADO CONTRA NABOT (21.1–16)

El capítulo 21 comienza diciendo: «Pasadas estas cosas...», esto es, después que Elías hubo desaparecido de la escena y después que Acab hubo reanudado sus actividades normales. Acab sin duda regresó del monte Carmelo intimidado; pero cuando Jezabel amenazó a Elías, este huyó. Acab no había vuelto a oír de él desde esa vez, de modo que Acab retomó su estilo de vida. En el capítulo 19 leemos acerca de dos batallas que él peleó contra Siria, en las cuales Israel ganó victorias decisivas (y después de las cuales Acab fue condenado por liberar al rey de Siria).⁴

«Pasadas estas cosas, aconteció que Nabot de Jezreel tenía allí una viña junto al palacio de Acab rey de Samaria» (vers.º 1). Nabot era uno de los hombres nobles de Dios. Tenía una viña en Jezreel junto al palacio de Acab. La capital de Israel era Samaria, que estaba a varios kilómetros al sur,⁵ pero Acab también tenía un hermoso palacio en Jezreel. Tanto los anales inspirados como los seculares dan testimonio de la habilidad de Acab para construir (1º Reyes 22.39). Los jardines del palacio de Jezreel estaban sin duda atendidos con esmero, y tenían céspedes muy cuidados, hermosas flores y plantas, y majestuosos árboles. No obstante, faltaba algo. Acab no tenía un pequeño lote donde pudiera cultivar yerbas y vegetales frescos para su mesa. Un día miró por la ventana de su palacio y vio la viña de Nabot, y esta se le hizo indispensable.

Y Acab habló a Nabot, diciendo: Dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana a mi casa, y yo te daré por ella otra viña

³ Hay varias expresiones neotestamentarias que también reflejan este principio: «Dios los entregó [a los gentiles]» (Romanos 1.24, 26, 28). (En la KJV se lee la frase más gráfica: «Dios los desechó», porque ellos habían desechado a Dios.) Algunos que se apartan llegan a endurecerse tanto que «es imposible que [...] sean otra vez renovados para arrepentimiento» (Hebreos 6.6). Primera de Juan 5.16 habla de «pecado de muerte».

⁴ Lea la lección anterior.

⁵ Los expertos difieren en cuanto a la distancia exacta que separaba a estas ciudades.

mejor que esta; o si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero (vers.º 2).

Al leerla por primera vez, puede que creamos que la propuesta de Acab suena razonable, pero ella llevaba implícita una violación de la voluntad de Dios. Cuando los hijos de Israel entraron en la tierra, cada parcela de terreno fue asignada a las diferentes tribus y familias. La tierra debía mantenerse dentro de esas familias (Levítico 25.24–34).⁶

«Y Nabot respondió a Acab: Guárdeme Jehová de que yo te dé a ti la heredad de mis padres» (vers.º 3). Es probable que Nabot tuviera muchas razones para no vender la tierra. No hay duda de que el lugar era depositario de muchas maravillosas memorias. Su padre había trabajado esa viña... así como el abuelo... y el bisabuelo. Me imagino a Nabot, cuando niño, jugando a la sombra de las parras, riendo y comiendo las uvas hasta que el jugo rojizo le chorreaba por la barbilla. Ahora trabajaba la misma viña con sus propios hijos. La razón por la que Nabot no la vendía, era que *Dios* había dicho: «¡No te deshagas de ella ni la vendas!». Nabot estaba resuelto a obedecer al Señor. ¡Era uno de los siete mil que no habían doblado su rodilla delante de Baal! (Note vers.º 3.)

Acab volvió a su palacio, «triste y enojado»:

Y vino Acab a su casa triste y enojado, por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo: No te daré la heredad de mis padres. Y se acostó en su cama, y volvió su rostro, y no comió (vers.º 4).

Acab se acostó e hizo pucheros como un niño que se le había negado una baratija. No era una actuación digna de un hombre, mucho menos de un rey. Imagínese la escena: Tal vez Acab estaba en un palacio de marfil.⁷ Habría estado recostado en un sofá de marfil.⁸ Las paredes tenían incrustaciones de marfil.⁹ Estaba rodeado de la riqueza y la opulencia, y sin embargo estaba haciendo pucheros porque no podía tener un pedazo de tierra. Era como un águila rodeada de montones de presas, que lloriqueaba porque no podía tener las migajas del cuervo. Era como un león rodeado de reses muertas, que lloriqueaba porque no podía tener el queso del ratón.

Jezabel extrañó a Acab a la mesa del banquete. Tal vez le envió una bandeja de alimentos que

⁶ Vea Números 36.1–9; 27.1–11.

⁷ 1º Reyes 22.39; vea también Salmos 45.8; Amós 3.15.

⁸ Amós 6.4.

⁹ Podría haber sido de mármol blanco, que lo hacía parecer de marfil.

fueron devueltos sin comer. La jefe de la casa fue a averiguar qué andaba mal. Entró en la habitación de él. Es probable que lo primero que hizo fue poner una mano sobre la frente de él. Comprobó que no tenía la fiebre. Ella preguntó: «¿Por qué está tan decaído tu espíritu, y no comes?» (vers.º 5). Él respondió con voz quejumbrosa:

Porque hablé con Nabot de Jezreel, y le dije que me diera su viña por dinero, o que si más quería, le daría otra viña por ella; y él respondió: Yo no te daré mi viña (vers.º 6).

Acab no mencionó lo que Nabot dijo acerca de la prohibición de *Dios*. Eso no le preocupaba a Acab. Lo único que le inquietaba era que había sido frustrado.

Jezabel se burló de él, diciendo: «¿Eres tú ahora rey sobre Israel?» (vers.º 7a). Por supuesto, Acab no era quien en realidad gobernaba a Israel; era Jezabel, pero lo que ella estaba diciendo, era esto: «No tiene sentido ser rey si no puedes tener lo que deseas». Luego ella dijo: «Levántate, y come y alégrate; yo te daré la viña de Nabot de Jezreel» (vers.º 7b). «Yo te daré la viña. Tú la ibas a *comprar*, pero yo te la voy a *dar*».

He aquí el clásico cuadro de la esposa dominante y el esposo dominado. Las esposas sabias saben que ellas deben animar a sus esposos a ser líderes, a tomar la iniciativa. Aquí, no obstante, cuando el esposo era inútil, la esposa asumía el control. En lugar de animarlo a hacer frente a su problema y buscarle la solución, ella dijo: «Hazte a un lado, yo lo haré», y él feliz de dejarla actuar.

Asistimos ahora a uno de los más desalmados ardidés de los anales de la humanidad. Si un jefe de la mafia lo hubiera planeado, no nos habría sorprendido; pero este fue hecho en nombre del ungido de Dios, ¡el rey que estaba sobre el pueblo de Dios!

Entonces ella escribió cartas en nombre de Acab, y las selló con su anillo, y las envió a los ancianos y a los principales que moraban en la ciudad con Nabot. Y las cartas que escribió decían así: Proclamad ayuno, y poned a Nabot delante del pueblo (vers.ºs 8–9).

Se usaron las leyes de Dios como instrumento del ardid. Jezabel aborrecía las leyes de Dios. ¡Qué placer debió de haberle producido torcer las leyes de Jehová de este modo! La primera ley que se torció fue la proclamación de un ayuno. Los ayunos se usaban para aplacar la ira de Dios (note 2º Samuel 21.2; Josué 9.11; Deuteronomio 21.9).

La segunda ley que se torció estaba relacionada

con la participación de todo el pueblo. Cuando Dios estaba enojado con todo el pueblo, todo el pueblo debía ayunar. Los dirigentes debían pretender que la ciudad entera estaba bajo sospecha del delito de homicidio de un ciudadano desconocido. En este evento vemos que se hace una diabólica emulación del procedimiento que siguió Josué en el caso de Acán (Josué 7).

Según Josefo, Nabot era respetado por el pueblo. El hecho de que se le pusiera «delante del pueblo», indicaba un puesto de honor.

Las instrucciones de Jezabel seguían diciendo: «... y poned a dos hombres perversos¹⁰ delante de él, que atestigüen contra él y digan: Tú has blasfemado a Dios y al rey. Y entonces sacadlo, y apedreadlo para que muera» (vers.º 10). En este ardid se torcieron tres leyes más de Jehová: 1) La ley que decía que una acusación se daba por cierta por boca de dos o tres testigos (Números 35.30; Deuteronomio 17.6; 19.15); 2) la ley que decía que la blasfemia era un pecado castigado con la pena de muerte (blasfemar contra el rey como representante de Dios equivalía a blasfemar contra Dios mismo; vea Levítico 24.15); y 3) la ley que prescribía la muerte por lapidación como la pena por el pecado de blasfemia (Levítico 24.14–16). ¡Qué mente más diabólica la que tenía Jezabel!

El estado moral y espiritual de la nación se observa en el versículo 11 (junto con el temor que Jezabel infundía): «Y los de su ciudad, los ancianos y los principales que moraban en su ciudad, hicieron como Jezabel les mandó, conforme a lo escrito en las cartas que ella les había enviado».

Imagínese lo que sucedió desde el punto de vista de Nabot, cuando él se levantó esa mañana. Disfrutó del desayuno con su esposa y sus hijos. Llegaron noticias de que ese día iba a haber un ayuno especial en la ciudad, y que todo el mundo debía asistir.

Cuando Nabot llegó al lugar acordado, se llevó la agradable sorpresa de que se le sentó en un lugar de prominencia. El proceso comenzó. El pueblo preguntó: «¿Por qué descansa sobre nosotros la ira de Dios? ¿Dónde está el pecado?». Para sorpresa de Nabot, dos hombres se pusieron de pie, hombres de abominable reputación en la comunidad. Estos se dirigieron al frente de Nabot, se detuvieron y señalaron con el dedo a este. «Nabot ha blasfemado a Dios. ¡Nabot ha blasfemado al rey!». Nabot pensó:

¹⁰ En la KJV se lee: «hijos de Belial», que es una traducción literal del texto, y que significa: «hijos de lo despreciable». De allí la forma como la traducen versiones modernas.

«Esto debe de ser una broma. ¿Quién les va a creer?». No obstante, al mirar a su alrededor, solo vio los rostros endurecidos de los ancianos y los líderes. Sus amigos y vecinos le dieron la espalda.

Cuando Nabot era arrastrado fuera de la ciudad, él pensaba: «Esta pesadilla tiene que terminar pronto». Llegaron al lugar donde sería apedreado. Nabot fue obligado a ponerse de rodillas. Los dos testigos se dirigieron al frente con enormes piedras en sus manos; se las lanzaron a Nabot. Comenzó el dolor. Las piedras llovieron sobre su cuerpo y su cabeza. Al final, su cuerpo fue quebrantado, su cráneo fue roto, y perdió el conocimiento. Dio un último grito ahogado y murió, como mártir de su compromiso con el Señor.

El horror no había terminado. Otros heredarían la viña de Nabot. Todos los cabos sueltos debían ser atados. Diez capítulos más adelante, 2º Reyes 9.26 añade un detalle espantoso que no hallamos en 1º Reyes 20: ¡También tomaron a los hijos de Nabot y los mataron!

«Después enviaron a decir a Jezabel: Nabot ha sido apedreado y ha muerto» (vers.º 14). Jezabel había firmado la carta con el nombre de Acab, pero nadie fue objeto de engaño. Los funcionarios de la ciudad sabían quién envió la carta. Sabían quien mandaba; sabían a quién debían dar la noticia.

Imagínese a Jezabel caminando sobre los hermosos jardines, o tal vez sentada con sus galas en el aposento de música, escuchando la orquesta del rey. Enviaron a decir: «Nabot ha sido apedreado y ha muerto». Jezabel no se compadeció de la madre que trataba de arrebatar los cuerpos de su esposo y de sus hijos, a roñosos perros, muertos de hambre, que corrían en manadas, perros que lamían la sangre de sus seres queridos.¹¹ No le conmovió esa madre que estaba tratando de arreglar los cuerpos quebrantados, preparándolos para la sepultura, lavando los cuerpos no solo con agua, sino también con sus lágrimas. Jezabel era solo risas cuando se dirigía donde su enfurruñado esposo, pues la ley de la tierra decía que la tierra¹² de un traidor se restituía a la corona.

Cuando Jezabel oyó que Nabot había sido apedreado y muerto, dijo a Acab: Levántate y toma la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero; porque Nabot no vive, sino que ha muerto (vers.º 15).

Jezabel estaba jactándose, diciendo: «¡Te lo dije

¹¹ Vea el versículo 19.

¹² Esta no era la ley de Dios, sino una ley a que se acostumbraba en el Medio Oriente de la antigüedad.

que yo podía hacerlo, Acab, y lo hice!».

¡Esto rejuveneció al potentado que lloriqueaba! «Y oyendo Acab que Nabot era muerto, se levantó para descender a la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella» (vers.º 16). Acab salió de su cama, se vistió, tal vez comió algo rápido, y descendió a la viña, y es probable que en los labios llevara una tonada.

LA PACIENCIA DE DIOS SE ACABA (21.17–24; 27–29; 22.38; 2º REYES 9.21–36)

Esa fue la gota que derramó el vaso. La paciencia de Dios se acabó. Dios dijo: «¡Basta!». Esto es lo que leemos en el versículo 17: «Entonces vino palabra de Jehová a Elías tisbita». Aquí vemos nuevamente la «palabra de Jehová». ¡Elías estaba de nuevo en su oficio! Dios mandó a Elías, diciendo:

Levántate, desciende a encontrarte con Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí él está en la viña de Nabot, a la cual ha descendido para tomar posesión de ella. Y le hablarás diciendo: Así ha dicho Jehová: ¿No mataste [literalmente, masacraste], y también has despojado? Y volverás a hablarle, diciendo: Así ha dicho Jehová: En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre (vers.ºs 18–19).

Cuando estaba en la viña, Acab andaba en su nueva propiedad con los que habían venido con él. Es probable que estuviera planeando su huerto: «Pondré tomates aquí... maíz por allá... cebollas por acá... y la brócoli... olvidémonos de la brócoli». Si Acab hubiera mirado con detenimiento, habría notado huellas en la suavidad del suelo: las grandes huellas de Nabot, las huellas más pequeñas de la esposa de Nabot, y las huellas aun más pequeñas de los hijos de Nabot, pero Acab estaba ciego a ellas. Luego oyó unos pasos. Al volverse, vio a su conciencia encarnada: su antigua tortura, era Elías, que todavía llevaba puesto sus toscos vestidos, y andaba con ojos que brillaban como fuego en sus profundas órbitas. Acab preguntó: «¿Me has hallado, enemigo mío?» (vers.º 20a). Algunos autores creen que esto fue lo que Acab dio a entender: «¿Me has pillado?». Elías respondió: «Te he encontrado [no porque yo sea tu enemigo, sino por tu pecado], porque te has vendido a hacer lo malo delante de Jehová» (vers.º 20b).

La persona que se vende a hacer lo malo, por lo general descubre que se ha vendido a sí misma a cambio de nada. Acán se vendió por un rico manto y un lingote de oro, y acabó sin nada. Judas se vendió por treinta piezas de plata, y no recibió beneficio alguno de estas. Acab se vendió por un

lote de terreno, pero sus días estaban contados.

Hay quienes objetan diciendo: «Un momento, Acab no mató a Nabot; ni siquiera envió el contrato». Es cierto, pero en algún momento es probable que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Si no lo sabía, debía haberlo sabido. Una cosa es segura: Estuvo dispuesto a aceptar los frutos de la obra impía. Un asunto que se recalca por toda la Biblia es que el esposo es responsable de las decisiones que se tomen en su casa. Es una tremenda responsabilidad ser esposo y padre. ¡Tome usted con seriedad el trabajo!

Elías siguió hablando, como la voz del fin:

He aquí yo traigo mal sobre ti [aquí hay un juego de palabras: Como te vendiste para hacer el mal, te daré aquello por lo cual te vendiste], y barreré tu posteridad y destruiré hasta el último varón de la casa de Acab, tanto el siervo como el libre en Israel. Y pondré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías, por la rebelión con que me provocaste a ira, y con que has hecho pecar a Israel (vers.^{os} 21–22).

Las dos casas que Elías mencionó, la casa de Jeroboam y la casa de Baasa, fueron exterminadas por causa del pecado. Elías siguió diciendo:

De Jezabel también ha hablado Jehová, diciendo: Los perros comerán a Jezabel en el muro de Jezreel. El que de Acab fuere muerto en la ciudad, los perros lo comerán, y el que fuere muerto en el campo, lo comerán las aves del cielo (vers.^{os} 23–24).

¡Sería difícil imaginar predicciones de condenación más aterradoras que las anteriores!

Hay un detalle más que debemos notar: Según 2º Reyes 9.25, por lo menos había dos hombres presentes, cuando Elías confrontó a Acab. Uno era *Jehú*, uno de los comandantes de Acab, y el que Dios había dicho que tomaría el lugar de Acab (1º Reyes 19.16s). No hay duda de que esta escena y mensaje se grabó indeleblemente en la memoria de Jehú.

Cuando llegamos al versículo 27, encontramos algo inesperado, algo casi sorprendente. Acab estaba aterrorizado. «Y sucedió que cuando Acab oyó estas palabras, rasgó sus vestidos y puso cilicio sobre su carne, ayunó, y durmió en cilicio, y anduvo humillado». Otra vez Dios se mostraba bondadoso. La demostración de tristeza de Acab, le sirvió para un indulto durante varios años.

Entonces vino palabra de Jehová a Elías tisbita, diciendo: ¿No has visto cómo Acab se ha humillado delante de mí? Pues por cuanto se

ha humillado delante de mí, no traeré el mal en sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa (vers.^o 28–29).

En estos versículos encontramos dos poderosos mensajes. En primer lugar, incluso alguien tan endurecido como Acab, puede ser conmovido. En segundo lugar, Dios honra Sus promesas, incluso con alguien como Acab. Clyde Miller hizo la siguiente observación:

Si Dios tuvo compasión del más inicuo de los reyes de Israel y de Judá, cuando estos se volvieron a Él, y si Él puede salvar al «primero de los pecadores» (1^{era} Timoteo 1.15), entonces no hay límite a su poder y disposición para salvar a todos los que se le acercan en penitencia y obediencia (Hebreos 5.7–9).¹³

El capítulo termina aquí, pero la historia no. El arrepentimiento de Acab, si es que se le puede llamar arrepentimiento, fue efímero. Nada sucedió a Acab. Pasaron *tres años* (1º Reyes 22.1), y nada sucedió. Ninguna plaga le cayó a Acab. Ningún rayo cayó del cielo; la tierra no se abrió para tragárselo. Acab volvió a sus antiguas costumbres.¹⁴ Me imagino a Jezabel, estando a la mesa de la cena, pasándole a Acab una porción de legumbres frescas, y diciendo: «Acab, come algunos chícharos y zanahorias. Estos son del huerto que te di». Pudo haberse reído, diciendo: «Ese fulano Elías dijo que los perros lamerían tu sangre donde la sangre de Nabot fue lamida, ¡pero yo jamás te he visto tan bien de salud!». Sin embargo, me imagino que Acab se estremecía cada vez que oía a un perro ladrar.

Con esto, llegamos al capítulo 22. Tres años habían pasado sin que hubiera guerra con Siria; ahora, se reanudaba la guerra. Ben-adad no había hecho lo que dijo que haría; Ramot de Galaad seguía en manos de los sirios. Acab pidió ayuda al rey de Judá y se preparó para la batalla. Un profeta de Dios le advirtió que no fuera. Acab rehusó escuchar al profeta; no obstante, estaba sumamente nervioso. Se disfrazó cuando entró en la batalla. No llevó puestas sus vestiduras reales sobre su armadura, como se acostumbraba. Ben-adad el rey de Siria, envió a treinta y dos capitanes de carros a buscar a Acab, pero no lo encontraron. Luego un arquero anónimo, disparó una flecha al aire, y esa flecha encontró una de las juntas de la armadura de Acab. Aparentemente cortó una arteria. Acab se mantuvo apoyado en el carro, tal vez para no dar

¹³ Clyde M. Miller, *Living Word Commentary on First and Second Kings* (Abilene, Tex.: A.C.U. Press, 1991), 298.

¹⁴ Eclesiastés 8.11.

la impresión de que había sido herido; pero con cada latido de su corazón, la sangre se derramaba sobre el piso del carro hasta que Acab murió. Esto es lo que leemos en el versículo 38: «Y lavaron el carro en el estanque de Samaria; y los perros lamieron su sangre [...] conforme a la palabra que Jehová había hablado». Las advertencias de Dios son ciertas.

La historia no terminó allí. Pasaron *veinte* años. Nos hace evocar que los caminos de Dios no son nuestros caminos y que el calendario de Dios no es nuestro calendario. Muchas cosas pasaron durante esos veinte años. Elías fue llevado al cielo en un torbellino. Eliseo comenzó su gran ministerio. Joram el hijo de Acab subió al trono; Jezabel era la impía reina madre. Al final, no obstante, llegó el momento para la conclusión del relato (2° Reyes 9).

Joram fue herido en batalla en Ramot de Galaad. Volvió a Jezreel, dejando a Jehú a cargo de sus fuerzas. Eliseo envió un profeta a ungir a Jehú como el siguiente rey.

Jehú emprendió el camino a Jezreel, con el ejército detrás de él. Cuando estaba a unos ocho o diez kilómetros de distancia, el atalaya lo vio. Se envió un mensajero para encontrarse con Jehú. Jehú le dijo: «Vuélvete conmigo» (vers.º 19), y así hizo. Se envió un segundo mensajero, que también acabó cabalgando detrás de Jehú. A estas alturas Jehú estaba más cerca de la ciudad, y el atalaya informó, diciendo: «... el marchar del que viene es como el marchar de Jehú hijo de Nimsi, porque viene impetuosamente» (vers.º 20).

Joram y el rey de Judá, Ocozías, salieron a encontrarse con Jehú. Note dónde se encontraron: «hallaron [a Jehú] en la heredad de Nabot de Jezreel» (vers.º 21), no en la propiedad del rey de Israel, sino en la propiedad de Nabot. Para Dios seguía siendo la propiedad de Nabot; la ley estipulaba que la propiedad no podía dejar de ser de la familia a la cual había sido dada.

Jehú mató a Joram y luego fue a la ciudad. Jezabel oyó lo que estaba sucediendo y «se pintó los ojos con antimonio, y atavió su cabeza, y se asomó a una ventana» (vers.º 30).

Y cuando entraba Jehú por la puerta, ella dijo: ¿Sucedió bien a Zimri, que mató a su señor? [Ella lo llamó «Zimri» porque Zimri había alcanzado el trono por traición.] Alzando él entonces su rostro hacia la ventana, dijo: ¿Quién está conmigo? ¿quién? Y se inclinaron hacia él dos o tres eunucos. Y él les dijo: Echadla abajo. Y ellos la echaron; y parte de su sangre salpicó en la pared, y en los caballos; y él la atropelló. Entró luego, y después que comió y bebió, dijo: Id ahora a ver a aquella maldita, y sepultadla,

pues es hija de rey. Pero cuando fueron para sepultarla, no hallaron de ella más que la calavera, y los pies, y las palmas de las manos. Y volvieron, y se lo dijeron. Y él dijo: Esta es la palabra de Dios, la cual él habló por medio de su siervo Elías tisbita, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel (vers.ºs 31–36).

Puede que alguien diga: «¿Por qué nos narra la Biblia cosas así? ¡Eso es repugnante!». No es un espectáculo agradable, pero las consecuencias del pecado jamás son agradables. Si usted desea saber qué es el pecado al fin y al cabo, no mire el palacio de marfil de Acab, sino a los perros lamiendo su sangre. No mire a Jezabel adornada con sus joyas y finos vestidos, sino a los perros con estómagos hinchados. No mire los anuncios que alaban la bebida, sino los cuerpos quebrantados de adolescentes en la carretera. ¡No mire las películas que glorifican la inmoralidad sexual, sino los horrores de la epidemia del SIDA!

CONCLUSIÓN

El relato de Acab y Jezabel es triste, sin embargo, es más que un relato triste. Es mucho más que eso, si podemos entender las lecciones que Dios tiene para nosotros:

En primer lugar, la paciencia de Dios tiene límite, y nadie sabe cuándo llega a ese límite. No hay nada más peligroso que rechazar las propuestas de amor y de misericordia que hace Dios. Yo no sé cuándo es que uno llega al momento en el cual ya no se puede devolver, como lo describimos en la lección anterior. No obstante, es posible que algunos se encuentren peligrosamente cerca de ese momento, y que algunos tal vez ya lo hayan pasado.

En segundo lugar, los decretos de Dios son inexorables, y nadie los puede cambiar. Cuando Dios dice algo, no hay vuelta de hoja. Puede que creamos, que no sucederá, pero si fue Dios quien lo dijo, uno puede contar con ello. Puede que algunos protesten, diciendo que no son como Acab y Jezabel, pero esta no es la cuestión. Usted es pecador (Romanos 3.23), y el decreto de Dios para los pecadores es inequívoco: «La paga del pecado es muerte» (Romanos 6.23). ¡Tómelo en serio, y refúgiense en la misericordia del Señor!

En tercer lugar, las declaraciones de Dios siempre contienen misericordia, y ningún hombre debe rechazarla. Los decretos de Dios, sean para bendición o para maldición, siempre tienen condiciones, estén implícitas o explícitas. Aun el endurecido Acab se mantuvo a salvo de la ira de Dios durante tres años al mostrar *humildad*. La ira de Dios se podía haber evitado indefi-

nidamente por medio de un verdadero y continuo arrepentimiento de parte de Acab. Esté usted consciente de la misericordia de Dios, y benefíciase con las bendiciones de Dios.

¡No permita que la paciencia de Dios se acabe para usted!

Nota del autor: R. G. Lee predicó un sermón con el título: «El día de pagar es un día que llega», basado en Acab y Jezabel. Estoy en deuda con ese sermón por algunas de las imágenes que he usado en esta lección.

NOTAS DE MEDIOS VISUALES

Haga un gran letrero con esta frase en él: «DIOS DIJO: ¡BASTA!». Úselo con las ilustraciones de introducción; luego póngalo a un lado hasta el momento culminante de la lección, cuando Dios dijo: «¡Basta!», a Acab y Jezabel. Deje el letrero visible mientras relata sobre la muerte de ellos. Luego úselo como parte de la invitación: «No siga usted rechazando la gracia de Dios. No será agradable oír a Dios decirle: “¡Basta!”».

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

INTRODUCCIÓN

- A. Nos encantan las lecciones sobre el amor y la misericordia de Dios, pero no podríamos decir que predicamos todo el consejo de Dios (Hechos 20.27) si no predicamos también sobre la justicia y la santidad de Dios, esto es, el aspecto de Dios que no puede contemplar el pecado. Esta serie sobre Elías nos presenta ahora una lección sobre esa naturaleza.
- B. Antes de ir a 1º Reyes 21, establezcamos el principio que estaremos ilustrando:
 - 1. Pasajes antiguotestamentarios: Proverbios 29.1; 6.12, 15.
 - 2. Ilustraciones:
 - a. Sodoma y Gomorra (Génesis 19)
 - b. Los reinos de Israel y de Judá (2º Crónicas 36)
 - c. Belsasar (Daniel 5)
 - d. Herodes Agripa (Hechos 12; note vers.º 23)
 - 3. Expresiones neotestamentarias (Romanos 1; Hebreos 6; 1ª Juan 5)
- C. Hemos visto la maldad de Acab y Jezabel. Veremos ahora uno de los más despreciables actos que se recogen en las Escrituras, y veremos a Dios diciendo: «¡Basta!».
- I. EL PECADO CONTRA NABOT (21.1–16)
 - A. «Pasadas estas cosas, aconteció...» (vers.º 1a):
 - 1. Después que Elías desapareció de vista.
 - 2. Después que Acab e Israel reanudaron

sus actividades normales.

- B. Acab deseaba un campo, y Nabot no le permitió tenerlo.

- 1. Versículo 1b: La ciudad capital de Samaria estaba de 60 a 65 kilómetros al sur de Jezreel, pero Acab tenía un castillo en Jezreel.
- 2. Versículo 2: Acab deseaba la viña de Nabot, pero cuando los israelitas entraron en Canaán, la tierra fue repartida entre las tribus y las familias, y la tierra debía seguir en manos de esas familias (Levítico 25).
- 3. Versículo 3: Nabot era uno de los siete mil que no habían doblado su rodilla ante Baal.
- 4. Versículo 4: Acab lloriqueó porque no pudo poseer la viña.
- 5. Versículo 5: Jezabel vino a ver cuál era el problema.
- 6. Versículo 6: Acab contó su «triste historia».
- 7. Versículo 7: Jezabel se burló de su esposo y luego dijo: «Yo me encargaré del asunto».
- C. Para tomar el campo, ellos idearon un ardid que torcía las leyes de Dios.

- 1. Versículo 9:
 - a. Se proclamó un ayuno. Ley número uno: Proclamar un ayuno se hacía para evitar la ira de Dios.
 - b. A Nabot se le dio un lugar de honor «delante del pueblo». Ley número dos: Todo el pueblo debía participar en el ayuno.
- 2. Versículo 10:
 - a. Se sobornó a hombres perversos para que mintieran acerca de Nabot. Ley número 3: Había que poner a dos o tres testigos.
 - b. Acusaron a Nabot de blasfemia: Ley número 4: La blasfemia se castigaba con la pena de muerte. Ley número 5: Había de ser muerte por lapidación.
- D. Nabot fue muerto, y Jezabel y Acab estaban felices.
 - 1. Nabot fue muerto (junto con sus herederos; vea 2º Reyes 9.26).
 - 2. Versículo 14: Se envió a decir a Jezabel.
 - 3. Versículo 15: Ella le dijo a Acab.
 - 4. Versículo 16: Acab era feliz nuevamente.

II. LA PACIENCIA DE DIOS SE ACABA (21.17–24, 27–29; 22.38; 2º Reyes 9.21–36).

- A. Elías da el mensaje de Dios.
 - 1. Versículos 17–19: La palabra del Señor vino a Elías otra vez.
 - 2. Versículos 20–24: Elías halló a Acab y le dio el mensaje de Dios:

- a. Los perros lamerían la sangre de Acab donde ellos lamieron la sangre de Nabot (vea vers.º 19).
 - b. Los perros se comerían a Jezabel en Jezreel (vers.º 23).
 - c. Otros hombres estaban presentes, incluyendo a Jehú (2º Reyes 9.25). Esta escena y el mensaje se imprimieron indeleblemente en la mente de Jehú.
3. Versículos 27–29: ¡Sorpresa! Acab mismo fue aterrorizado y se humilló, logrando un indulto de varios años.
- B. Lamentablemente, el arrepentimiento de Acab fue efímero. Nada sucedió a Acab, y este volvió a sus antiguas costumbres (note Eclesiastés 8.11).
- C. Se cumplieron los aterradores decretos de Dios.
- 1. Acab (1º Reyes 22).
 - a. Acab fue a la guerra disfrazado. La flecha que un arquero anónimo lanzó al aire, entró por una juntura de la armadura de Acab.
 - b. Versículo 38: Los decretos de Dios son inexorables.
 - 2. Jezabel (2º Reyes 9).
 - a. Veinte años pasaron. Elías fue reemplazado por Eliseo. Joram el hijo de Acab, estaba sobre el trono, y Jezabel era la impía reina madre. Había llegado el momento para la conclusión de la historia de Acab y Jezabel.
 - b. Lea 2º Reyes 9.21, 25–26, 30–36. ¡Qué relato más triste!

CONCLUSIÓN

- A. Dios desea que aprendamos de este relato:
 - 1. La paciencia de Dios tiene fin; y nadie puede saber cuándo llega.
 - 2. Los decretos de Dios son inexorables; y nadie puede cambiarlos.
 - 3. Las declaraciones de Dios incluyen misericordia; y nadie debe rechazarla.
- B. No olvidemos jamás que Dios es Dios de misericordia y Dios de justicia.

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY
 Todos los derechos reservados